

La oración de todos los comienzos



Imagina

Imagina que el mundo no ha nacido,
que el agua es sólo agua, que la roca
todavía no tiene voz, y boca
es un concepto incierto y aterido.

Imagina que el agua se alza nido
al que le nacen aves y desboca
tu corazón al vuelo que provoca
la estrenada pasión por el sonido.

Sientes, las aves cantan y tú sabes
que cantan con tu voz porque imaginas
un mundo neonato que restalla

e intuyes la alegría y ya no cabe
en ti mismo ¿Presientes las neblinas
de un íntimo temblor? Ahora calla.

Hubo un tiempo en que yo medía el tiempo

Hubo un tiempo en que yo medía el tiempo
con el canto de un pájaro de niebla,
con esperas dormidas bajo un árbol,
con el aroma a lluvia o con pasteles
con el sabor de mayo en la alegría.

Ocurrió que llegaron calendarios,
interminables calendarios duros,
con sus días de arena y de ceniza,
con sus horas de sal
y sin soles de abril en la mirada,
a fechar mis poemas
con el tiempo de otros hombres,
a exigir hora exacta en los anuarios
para mis ritos e inocencias,
a adjudicarme el código postal
con que debí sellar cada promesa
en el suceso
de no encontrar destinatario

y fui muriendo
en el terror de estar, inútilmente,
vivo.

La oración de todos los comienzos

Un día me encontré, en plena lluvia,
a mí mismo,
con viejos balancines fatigados,
intentando escribir las sombras
como señal de haber perdido el vuelo a la inocencia

y quise pronunciar
la oración
de todos los comienzos, en los pasos
de quienes nunca
regresaron del tiempo y la memoria;

y advertí
que a medio grito sobre un árbol,
en la escarpia dolida de una tarde de fútbol,
en el sonido azul de los estanques,
en el olor a mayo de la tierra
o en el beso curioso de una niña

algo quedó inconcluso.

Me queda el tiempo justo
para volver a la metáfora
o al otro lado de la lluvia.